

“El éxito o el fracaso del intento de unir al país depende, en buena medida, de cómo se interprete el hecho peronista”

Mario Amadeo. *Ayer, hoy y mañana*. 1956

I. Introducción

Es ya comienzo común de una reflexión académica en torno del fenómeno peronista advertir las varias y variadas lecturas, opiniones e interpretaciones que se han esbozado respecto de éste. Acerca de su naturaleza, acerca de sus orígenes, acerca de sus cambios y continuidades, acerca de sus consecuencias, entre muchos aspectos más. Es común, asimismo, transformar esa advertencia en un ejercicio de legitimación de lo que se dirá, proponiendo una lectura correcta del fenómeno que corrija los desaciertos de las aproximaciones precedentes, retomando, acto de humildad mediante, aquellos argumentos que se consideran pertinentes para el enfoque que se busca sostener.

No obstante, antes que adscribir a esta rutina, las páginas siguientes partirán preguntándose por las implicancias que ella supone. Fuera de buscar la interpretación verídica del fenómeno peronista -interpretación que la mayoría de las veces se encuentra imbricada con perspectivas y proyectos políticos-, se tomará como aspecto revelador la existencia de sucesivas y al parecer inacabadas lecturas de aquél. En efecto, en *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Federico Neiburg advierte dicha polisemia, llegando a afirmar que, lejos de ser ficciones sobre una realidad exterior e independiente, las representaciones sobre el peronismo han coadyuvado fuertemente a su construcción. En particular, respecto de los debates entre intelectuales, afirma: “[p]or mucho tiempo, interpretar al peronismo fue un tema central en los combates intelectuales argentinos, de tal forma que, para ser escuchado, cualquier individuo interesado en hablar sobre la realidad social y cultural del país debió participar en el debate sobre sus orígenes y naturaleza (...) Estas batallas también han sido uno de los escenarios en el que el propio peronismo ha sido construido” (Neiburg: 1998: 15-16).

Nuestro punto de partida será, pues, entender al peronismo como una constante (re)invención. En lugar de aprehenderlo desde lo que Richard Rorty ha llamado el *deseo de objetividad*, sostenido en una epistemología que consagra una relación inmediata y

¹ Becaria doctoral del CONICET, UNSAM-Cedis. E-mail: danielaslipak@hotmail.com.

exógena entre sujeto y objeto,² creemos resulta más interesante interrogarse por el juego de sucesivas lecturas que a lo largo de la historia argentina se han realizado acerca del hecho peronista. En otras palabras, que en relación a su hechura, la circulación y sedimentación de significaciones tiene bastante para decir. Definir a Perón y al peronismo como “fascismo”, “autoritarismo”, “bonapartismo”, “revolución”, “socialismo nacional”, “rosismo”, “orden”, o bien, como todas ellas al mismo tiempo, no ha sido una cuestión poco gravitante en la resolución de los procesos políticos de la historia argentina. Además, dichos sentidos han circulado a la par de las lógicas de configuración y desplazamiento de fronteras identitarias, esto es, han posibilitado la homogeneización de espacios de pertenencia, ya sea por identificación o rechazo de la “camiseta” peronista, camiseta que, vale la aclaración, no ha dejado de ser resignificada en cada acto de apropiación. Y ello, lejos de ser una práctica mecánica -como algunas lecturas que enfatizan el oportunismo, engaño y manipulación de los actores parecen asumir-³ supone algunas cuestiones más, como lo advierte agudamente Carlos Altamirano: “una máscara política no es nunca sólo un máscara: usar una nos enlaza a una red simbólica, que es también una red de posiciones, de pertenencia y de conflicto, de filias y fobias, es decir, define el lugar que ocupamos en la trama intersubjetiva. Nos hace ser lo que al comienzo sólo actuamos como un papel, una máscara -más aun cuando ese papel va unido a apuestas tan altas que se está dispuesto a matar o dar la vida” (Altamirano: 2001:136).

Este trabajo buscará, partiendo de las reflexiones mencionadas, explorar una de las tantas voces que han hablado acerca del peronismo, la que las revistas *El*

² Frente al *deseo de objetividad*, fundamentado en la posibilidad de alcanzar una Verdad en correspondencia con la realidad, Rorty comenta en un párrafo que no tiene desperdicio, y que por ello nos permitimos citar aquí: “[l]a cuestión de si la verdad o la racionalidad tienen una naturaleza intrínseca, o de si debemos tener una teoría positiva sobre cualquiera de ellas, es simplemente la cuestión de si nuestra concepción de nosotros mismos debe concebirse en torno a una relación con la naturaleza humana o en torno a una relación con una colección particular de seres humanos, es decir, de si deseamos la objetividad o la solidaridad. Es difícil ver cómo podría elegirse entre estas alternativas examinando más en profundidad la naturaleza del conocimiento, o del hombre, o de la naturaleza. En efecto, la propuesta de zanjar así esta cuestión es una petición de principio a favor del realista, pues supone que el conocimiento, el hombre y la naturaleza *tienen* esencias reales relevantes para el problema en cuestión. En cambio, para el pragmatista, “conocimiento” es como “verdad”, simplemente un cumplido que prestamos a las creencias que consideramos tan bien justificadas que, por el momento, no es necesaria una justificación ulterior...” (cursivas y comillas en el original) (1996:43).

³ No buscamos negar la existencia de todas ellas en el desarrollo de las dinámicas políticas; creemos, sin embargo, que muchas veces la resolución de las mismas excede las intenciones y estrategias de los agentes en una coyuntura específica. En este sentido, no pocos autores han señalado, de la mano del discurso del 25 de agosto de 1944 en la Bolsa de Comercio, el fracaso de la estrategia inicial de J.D. Perón de persuadir a la clase patronal, debiendo radicalizar su discurso con el suceder de los acontecimientos. Ver al respecto, Del Campo (1982), Altamirano (2001), Aboy Carlés (2001).

Descamisado y *La Causa Peronista*⁴ presentaron durante la primera mitad de los setenta. Para llegar a ello, delinearemos previamente algunos deslizamientos en las lecturas que se han hecho de la experiencia peronista una vez proscrito Perón a mediados de los cincuenta, construyendo el clima de ideas en el cual ambas revistas (re)significaron una *tradicción* que decían heredar.⁵

II. La significación del '55

Repetidas veces se ha señalado la importancia que posee para la historia argentina el golpe de Estado que el 16 de septiembre de 1955 un sector de las Fuerzas Armadas realizó al gobierno del entonces presidente electo Juan D. Perón, fundando lo que se llamó la Revolución Libertadora. Dicha fecha ha sido considerada relevante desde distintas perspectivas y líneas de análisis historiográfico, las cuales han hecho hincapié, generalmente, en la violencia, ilegalidad e ilegitimidad que el golpe del 55 inauguró, coadyuvando al establecimiento del gobierno de facto autodenominado Proceso de Reorganización Nacional en 1976.⁶ En este sentido, la proscripción del peronismo del juego electoral; la inestable alternancia entre gobiernos elegidos a través de comicios y gobiernos de facto; la fuerte incidencia de los actores corporativos en la vida política del país (Fuerzas Armadas, sindicatos, empresas de capital extranjero); la desafección mayoritaria de las reglas democráticas por parte de toda la sociedad; son elementos recurrentes para explicar un paradigma de política donde la violencia era aprehendida como un recurso no sólo posible sino fundamentalmente necesario.

Por su parte, desde una perspectiva que aquí nos interesará particularmente, la literatura consagrada a la historia de las ideas y de la cultura, ha significado al '55,

⁴ Estas revistas han sido fundamentales en la circulación y sedimentación de sentido en los espacios de la llamada Tendencia Revolucionaria durante la década del setenta. Aparecida la primera desde mayo de 1973 hasta marzo de 1974 (con una tirada promedio de 40.000 a 60.000 ejemplares), y la segunda desde junio a septiembre de 1974, estuvieron ambas ligadas a Montoneros durante el período de mayor crecimiento y visibilidad pública de la organización (en palabras de Maristella Svampa (2003), la etapa “movimientista”), dejando de editarse con el pasaje de ésta a la clandestinidad durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón (específicamente, en septiembre de 1974).

⁵ Cabe la siguiente aclaración: no nos interesa aquí comprobar o no la filiación peronista de la organización Montoneros –empresa que ha sido asumida, sobre todo, por varios actores en la década del setenta en aras de determinar la *verdadera* representación del peronismo y, por supuesto, la legitimidad de aquellos que reivindicaban su herencia-; antes bien, buscamos explorar cómo dicha voz realiza una lectura de la primera experiencia peronista, y cómo en dicho ejercicio se coadyuva tanto a la constitución del fenómeno peronista *per se* como a la configuración de los límites identitarios de la propia organización.

⁶ Por mencionar algunos ejemplos que hacen explícita esta cuestión en los propios títulos de las obras, *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IX de Editorial Sudamericana; “La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión” de Luis Alberto Romero; *Historia del peronismo. La violencia (1955-1983)* de Hugo Gambini; entre otros más.

asimismo, como punto de quiebre del modo en que anteriormente se estructuró el campo de debate político-cultural en Argentina. En este sentido, varios autores han señalado cómo la lectura respecto de la experiencia peronista reestructuró los argumentos y los espacios de pertenencia en dicho campo. Si bien la interpretación sobre los hechos pretéritos había sido siempre estructurante del modo en que en el país se definían fronteras políticas,⁷ luego del '55, la pregunta respecto de la naturaleza y el origen del peronismo en particular (ligados éstos al lugar del pueblo, los intelectuales, los partidos de izquierda, entre otros elementos más) homogeneizó posturas y respuestas bien distintas. En este contexto, tanto la tradición liberal y progresista de izquierda así como, posteriormente, la matriz antiliberal católica ven desdibujarse sus fronteras para incurrir en nuevas articulaciones de sentido (Romero: 2003). Veamos algunos señalamientos al respecto.

En *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (1991), Silvia Sigal analiza las transformaciones que se suceden en el espectro de intelectuales de izquierda o progresistas⁸ a partir de la Revolución Libertadora. En este sentido, la autora advierte cómo dicho grupo de intelectuales, previamente convencidos de la alienación que sufrían las clases trabajadoras junto a Perón -alienación que iría a resolverse una vez desapareciera éste de la escena política-, realizan una nueva lectura de la experiencia peronista partiendo de la persistente adhesión de los trabajadores al exiliado líder. Dicha resignificación, no obstante, es desdoblada en el argumento del libro: por un lado, la desarticulación de la previa unificación tras la bandera antiperonista durante el gobierno de la Revolución Libertadora; por el otro, la homogeneización de ese conjunto ahora fragmentado de intelectuales a partir de la Revolución Cubana. En efecto, este último acontecimiento posibilitó, vía equiparación de la experiencia argentina y la cubana, una imbricación entre peronismo y marxismo que daría tinte a lo que posteriormente se

⁷ Ya sea la experiencia de los primeros nacionalistas deseosos de recuperar una tradición frente al aluvión inmigratorio, ya sean las operaciones de los exponentes del revisionismo histórico desde comienzos de siglo, ya sea durante el primer peronismo, en Argentina la construcción de un relato retrospectivo se encontró íntimamente ligada a la homogeneización de un espacio comunitario. No en pocas ocasiones la institución de fronteras políticas se confundió, así, con la narración histórica. Como ejemplo de ello, al promediar la década del treinta, señala Ramón Doll en la primera reseña al libro de los hermanos Irazusta *La Argentina y el imperialismo británico*: “[u]na verdad histórica no es precisamente una conclusión objetiva y científica sobre los hechos sociales, sino una conclusión que produzca efectos históricos (...) La verdad histórica debe estar al servicio de la política, medio de realizar la justicia (citado en Quattrocchi-Woison: 1995: 125). Ver para esta imbricación entre historia y política, Quattrocchi-Woison (1995), Svampa (1994) y Aboy Carlés (2001).

⁸ Presentados ambos términos como sinónimos, dejamos abierta una interrogación acerca del uso de esta clasificación, puesto que muchas veces, creemos, dichos conceptos son utilizados sin ser precisada su definición, debiendo ser acompañados por la enumeración los intelectuales que adscriben a dicho espacio.

llamaría socialismo nacional, peronismo revolucionario, o bien, peronismo de izquierda. La *verdad* del peronismo se ligaba así a la idea de revolución, brindando un principio de unidad a un conjunto de intelectuales -principio que luego se extendería a círculos sociales más amplios, como por ejemplo, las universidades. De este modo, aunque compartiendo el status explicativo con el acontecimiento cubano, el '55 aparecía como instancia de quiebre y rearticulación en el campo del debate cultural y político.

Con un enfoque similar, Oscar Terán, por su parte, recupera la ruptura que significó el derrocamiento de Perón, señalando también cómo dicho evento reconfiguró los diagnósticos previos de los intelectuales de izquierda acerca de la experiencia peronista. La persistente adhesión de los trabajadores a aquél, junto con la progresiva desilusión ante el gobierno de la Revolución Libertadora, fracturaron las creencias acerca del carácter episódico y transitorio del fenómeno, que muchos actores del campo político e intelectual habían sostenido. Producto de ello fue conformándose una “nueva izquierda”, expresada, por ejemplo, en publicaciones como la revista *Contorno* o la revista *Pasado y presente*. Junto a un alejamiento de la tradición liberal, dichos grupos, prosigue el autor, se acercaron a la historiografía revisionista, coadyuvando a establecer una línea de continuidad entre Rosas y Perón. De modo tal que, lo que hasta el momento había sido promovido solamente por sectores antiperonistas (se denunciaba al gobierno de Perón como una segunda tiranía, en continuidad con la de Rosas)⁹ era apropiado de manera inversa por algunos exponentes del campo intelectual. En efecto, aquel discurso de la Revolución Libertadora, estructurado sobre una identificación entre Rosas y Perón que hacía del derrocamiento de este último una recreación de la batalla de Caseros, era despojado de su connotación negativa en aras de reivindicar y recuperar aquella Argentina previamente negada, la del pueblo, la de la barbarie, la *verdaderamente* nacional.¹⁰

⁹ No ignoramos el vínculo que algunos peronistas o actores cercanos al peronismo intentaron establecer con el revisionismo histórico (paradigmáticamente, John William Cooke, quien defendió postulados revisionistas en numerosos debates parlamentarios, pasando posteriormente a ser vicepresidente del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, sede oficial de la corriente revisionista), pero estos casos son aislados, y se enmarcan en un contexto general de rechazo de dicha versión historiográfica por parte de Perón. Recién en el año 1957, en el texto *Los vendepatria. Las pruebas de una traición*, pudieron leerse declaraciones de éste cercanas a los tópicos revisionistas. Ver, en este sentido, Svampa (1994) y Quattrocchi-Woison (1995). La imbricación entre peronismo y revisionismo vendría a sedimentar posteriormente, una vez derrocado Perón, como intentaremos sugerir, entre otros puntos, a lo largo del presente trabajo.

¹⁰ Para un análisis minucioso acerca del recorrido de la imagen de las dos Argentinas en la historia de nuestro país, consultar Svampa (1994).

Carlos Altamirano, en *Peronismo y cultura de izquierda* (2001), advierte los desplazamientos y transformaciones en el campo de izquierda a partir del golpe del '55, consistentes en el pasaje de una significación del peronismo como *desvío* a una comprensión de éste como una etapa más en el camino hacia la instancia de resolución de las injusticias sociales. Como también habían apuntado otros autores, estos deslizamientos supusieron subvertir una situación inicial de ferviente rechazo (se trataba de denunciarlo bajo argumentos de tipo políticos, culturales, e incluso, morales) a un acercamiento e identificación con aquel fenómeno, acompañado muchas veces de una autculpabilización por el yerro previo. Pero los argumentos del autor no se remiten solamente a las resignificaciones en el campo de izquierda: por otro lado, agrega Altamirano, se opera en el universo del pensamiento católico, de la mano de las transformaciones internacionales iniciadas a partir del Concilio Vaticano II en 1959, un proceso de radicalización política que tuvo como consecuencia una aproximación al peronismo por parte de sectores católicos –Perón había sido, en definitiva, la opción de los pobres, sujeto al cual se intentaba redimir-, mediado por la idea de revolución. Perón y revolución pasan aquí también a imbricarse fuertemente coadyuvando a la institución de nuevos espacios de pertenencia.¹¹ Es así como la pregunta por la naturaleza del peronismo, según Altamirano, operaría como instancia unificadora de posicionamientos anteriormente disímiles en el campo ideológico argentino. Conjetura que atraviesa, asimismo, las contribuciones de Beatriz Sarlo en *La batalla de las ideas (1943-1973)*, donde la autora marca los desplazamientos de las fronteras del campo cultural a partir del '55, tanto en los espacios de izquierda como también en los sectores cristianos, produciéndose una fuerte imbricación, vía la circulación cada vez más fuerte de la idea de revolución, entre marxismo y peronismo (2001).

Ahora bien, más allá de la particularidad con la cual cada uno de estos autores desarrolla su contribución analítica, nos interesa resaltar de las voces recorridas una serie de cuestiones que serán centrales en nuestro argumento. En primer lugar, el rol que ocupa en todas ellas el golpe del '55. Si bien la mención del mismo se acompaña, seguidas veces, por la referencia a la Revolución Cubana como instancia fundamental a la hora de explicar la radicalización propia de las dos décadas siguientes, todos los

¹¹ Basta con hojear la revista *Cristianismo y Revolución* (editada desde septiembre de 1966 a septiembre de 1971; dirigida primero por el seminarista Juan García Elorrio y posteriormente por su compañera Casiana Ahumada) para ilustrar este punto. Dicha revista, en un progresivo proceso de radicalización, coloca en un mismo espacio simbólico a figuras como Perón, Camilo Torre, Che Guevara, Fidel Castro. De las redes sociales que estaban ligadas a la edición de ésta salieron muchos de los partícipes de la Tendencia Revolucionaria en los sesenta y setenta.

autores remiten a los efectos que el derrocamiento de Perón produjo en los posicionamientos al interior del campo cultural, o más específicamente, intelectual. En otras palabras, podríamos decir, dicho fenómeno desarticuló lecturas e interpretaciones por un tiempo sedimentadas acerca de la experiencia del primer peronismo, desplazando y reconfigurando espacios de pertenencia, instituyendo, en suma, nuevas fronteras identitarias. El '55 operó, así, una homogeneización de actores que previamente adscribían a heterogéneas y muchas veces opuestas articulaciones de sentido.

En segundo lugar, y como supuesto de nuestro señalamiento anterior, la institución de estas fronteras al interior del campo cultural e intelectual estuvo estrechamente ligada a un ejercicio de reinterpretación de los hechos pretéritos en Argentina, particularmente, respecto de los dos primeros gobiernos de Perón. En efecto, como ya hemos analizado acompañando las reflexiones de una serie de autores, fue de la mano de la revisión del pasado que se conformaron principios de unificación antes desconocidos. El acercamiento de algunos intelectuales a la historiografía revisionista, rechazando la versión oficial a la cual previamente adherían, podría interpretarse también en este sentido. En suma, nos gustaría subrayar, las afirmaciones hasta aquí delineadas sugieren, a su vez, una imbricación entre historia y política, por lo menos, en los debates culturales que se suceden desde el '55. Como afirmaba un pensador ya clásico: “el presente actuante no puede sino continuar, desarrollándolo, al pasado: no puede sino estar injertado en la ‘tradición’” (Gramsci: 2008: 230). Veamos ahora qué otra voz podemos indagar en las sucesivas lecturas que se hicieron acerca de la experiencia peronista.

III. Entre el '46 y el '55: la experiencia peronista en *El Descamisado* y *La Causa Peronista*¹²

Una de las voces que leería a Perón asociado a cierta idea –como veremos, oscilante- de revolución sería aquella articulada por distintos sectores de la llamada

¹² Cabe esta otra aclaración: no nos interesará embarcarnos en un ejercicio de clarificación respecto de las verdaderas intenciones que podrían ocultarse detrás de los discursos de ambas revistas. Las respuestas a las preguntas por la sinceridad o insinceridad de Montoneros nos llevan por fuera del análisis que aquí proponemos, radicado en las tramas sociales de sentido, sus desplazamientos y sedimentaciones. Por lo demás, el argumento que escindiendo las acciones de sus intenciones descartó la relevancia de estas últimas para pensar la existencia y las características del Estado moderno fue tempranamente el de Thomas Hobbes en su clásico *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* [1980] (2003).

Tendencia Revolucionaria¹³ durante fines de los sesenta y comienzos de los setenta, los cuales irían confluyendo, de manera progresiva, en la organización Montoneros.¹⁴ Las revistas *El descamisado* y, una vez cerrada esta última, *La Causa Peronista*, serían fundamentales en la circulación de las interpretaciones que sostenían la homogeneización de dicho espacio identitario. En este sentido, documentos de las diversas organizaciones de la Tendencia; editoriales y notas de opinión; fragmentos de discursos de Perón; artículos acerca de actos, marchas, movilizaciones y hechos armados; e, incluso, historietas; coadyuvarían a articular un relato acerca del presente así como de los hechos pretéritos del país. Dichas lecturas implicaban, a su vez, la construcción de una narración sobre los orígenes del grupo,¹⁵ sobre sus transformaciones y continuidades, sobre sus promesas; en suma, un entramado en el cual, como veremos, la significación acerca de la experiencia peronista no resultaba menor.

En *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (1987), Silvia Sigal y Eliseo Verón realizan un minucioso análisis acerca del discurso de la Juventud Peronista a través de, fundamentalmente, la revista *El Descamisado*. De este modo, luego de identificar en capítulos anteriores las características del dispositivo de

¹³ Dicho mote fue establecido en el Congreso Provisorio de la Juventud Peronista en 1972, agrupando diversos grupos con distinto nivel de organización, cantidad y tipo de militantes, metodología y objetivos políticos (amén del proyecto compartido de la lucha por el retorno del exiliado Perón). Entre los grupos más importantes, se encontraban Montoneros, Peronismo de Base, Descamisados, Juventudes Peronistas Regionales, Fuerzas Armadas Peronistas, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Juventud de Trabajadores Peronistas, Movimiento Villero Peronista, y Unión de Estudiantes Secundarios.

¹⁴ La aparición de ésta en la escena política argentina data del 29 de mayo de 1970, con el secuestro y “ajusticiamiento” de quien había sido ícono del antiperonismo desde 1955, el general Pedro Aramburu. Luego de este bautismo, la organización sufriría algunos traspies, para posteriormente fortalecer su gravitación en la escena pública hasta ocupar un rol preponderante en la campaña electoral que llevaría a Héctor Cámpora, en ese entonces delegado Perón, a obtener la presidencia de la República en marzo de 1973. La gran cantidad de militantes que nutrirían la agrupación provenían de diversos círculos y redes gestadas desde la década del ‘60, de la mano de algunos acontecimientos que marcarían tanto al continente americano como al mundo (la Revolución Cubana, el Concilio del Vaticano II, la fundación del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, el Mayo Francés, la Revolución Cultural China, entre tantos otros). La creciente conflictividad de índole económica, social y política que atravesaba al gobierno de facto de Onganía, a su vez, coadyuvaría a dar el tono a quien sería una de las guerrillas más populosas de América Latina.

¹⁵ En *Montoneros. El mito de los 12 fundadores* (2005), Lucas Lanusse realiza un interesante desarrollo acerca de los ámbitos, círculos y grupos sociales a partir de los cuales se gestó y sostuvo la organización que da nombre al libro. Lejos de ser sólo doce los miembros que fundaron Montoneros –como dos de sus integrantes, Mario Firmenich y Norma Arrostito, lo sostuvieron en la conocida entrevista que se publica en el último número de la revista *La Causa Peronista*–, el autor efectúa una investigación histórica que demuestra el carácter mítico de dicha afirmación. Sin buscar negar la relevancia de este análisis, el presente trabajo, por su parte, intentará recuperar el valor de dichos mitos, puesto que, creemos, lejos de ser construcciones ficticias detrás de las cuales se oculta una verdad histórica, juegan un rol fundamental a la hora de conformar y sedimentar espacios de pertenencia, dotando de sentido la acción de los grupos.

enunciación peronista (cuyo rasgo principal es el *modelo de la llegada*, mediante el cual Perón se ubicaba en una relación de exterioridad respecto de la coyuntura en la cual él venía a intervenir), se abocan a explorar los posicionamientos de aquella, delineando, entre ellos, dos elementos que nos gustaría recuperar para nuestro argumento. Por un lado, situaban las causas del desgaste de la Juventud en las contradicciones generadas a partir de su condición de vanguardia popular (esto es, su pretensión de ser portavoces del pueblo) y su adhesión al peronismo. Puesto que en el discurso peronista las entidades Perón, Pueblo y Patria eran inseparables, y la palabra de Perón, en definitiva, intransferible, urgía, entonces, una elección: o bien la Juventud dejaba de reclamar para sí la representación del pueblo, o bien, abandonaba su condición de peronista. Elección que nunca sería efectuada, por supuesto, por la JP, coadyuvando a su trágico final. Por otro lado, advierten los autores, el recurso a partir del cual ésta legitimaba su posición consistía en una inversión del *modelo de la llegada*. Lejos de haber arribado desde un exterior, como Perón, la Juventud había estado acompañando las luchas del pueblo durante toda la historia del país.¹⁶ Y, en ese sentido, en tanto su presencia era eterna, en tanto no se identificaba un origen en la agrupación, se anulaba así la necesidad de justificar su existencia. En otras palabras, su legitimidad radicaba en evitar la pregunta respecto de ésta.

Estos señalamientos nos servirán como punto de partida para desarrollar los elementos que quisiéramos subrayar respecto de la lectura que las revistas mencionadas realizan acerca de la experiencia peronista, y cómo, a través de este ejercicio, definen un espacio de pertenencia, es decir, homogeneizan su campo identitario. De un lado, entonces, la trampa en la cual, afirman Sigal y Verón, la Juventud queda presa: no renuncia nunca a su condición de vanguardia del pueblo ni tampoco al porte de la camiseta peronista. Sin embargo, la no resolución de esta encrucijada, nos gustaría agregar a las reflexiones de los autores, ¿se explica por la negativa táctica de estos sectores a priorizar alguna de las opciones, o bien, demuestra la imposibilidad de realizar *per se* dicha elección? En otras palabras, ¿qué es lo que supone la situación

¹⁶ A partir del número 10, *El Descamisado* publica una historieta que articula una narración que se remonta a la llegada de los españoles a América. En dicha narración, todos los años que van desde la etapa del Virreinato hasta 1973 se encuentran atravesados por conflicto irresoluble entre dos bloques siempre idénticos a sí mismos: de un lado, el pueblo (la patria), y del otro, el antipueblo (el imperialismo, la oligarquía). No resulta extraña, entonces, para la propuesta de la historieta, aquella imagen de las dos Argentinas que tanta circulación tuvo a lo largo del siglo XX (Svampa: 1994). Había escrito J. J. Hernández Arregui una frase que parece tener eco en el discurso de Montoneros: “[e]strictamente, el peronismo y el antiperonismo existían antes de Perón” (citado en Neiburg: 1998: 113-114). Volveremos sobre este interesante punto.

entrampada de la JP en relación al vínculo entre Perón y pueblo? ¿Cuál era el sentido que se daba a éste? ¿Se podría haber elegido por uno u otro?¹⁷ Un primer elemento que resaltaremos, entonces, tendrá que ver con la significación que en las páginas de *El Descamisado* y *La Causa Peronista* se daba al par Perón/pueblo. Veamos algunas citas al respecto:

“La comunicación de Perón con la masa se caracterizó por ser un hecho absolutamente nuevo en la vida política argentina. Dejó de ser el englobado presidente, lejano e inaccesible de los gobiernos anteriores, para convertirse en uno más, en un compañero de todos. Perón inaugura el diálogo en la Plaza [Dicha comunicación, no obstante, puede adquirir tres formas] La directa, de Perón hacia la masa través de sus discursos, sus clases, y de numerosos artículos y de notas que a diario se difundían profusamente. La refractaria, realizada por medio de los burócratas que va desde Perón hacia la masa y de ésta hacia Perón, y que se caracteriza principalmente por la distorsión que sufre en ese pasaje debido a la contradicción de los burócratas con el Movimiento. Y, por último, la indirecta a través de Evita, cuyo papel es ser el nexo que le permite a Perón emitir y recibir con absoluta garantía de lealtad y autenticidad” (*ED*, número 14, página 28).

“La realidad del regreso [en alusión al retorno de Perón] está dada por el encuentro físico, por el diálogo directo, cuando los intermediarios que venimos sufriendo se convierten en figuritas de papel (...) la burocracia no capitaliza la relación líder-masas” (*ED*, número 16, página 2).

“Hay una relación que hace a la esencia misma del peronismo, que está interrumpida, es el vínculo directo, frente a frente entre el pueblo y Perón. Este vínculo signó al movimiento desde sus orígenes, desde el mismo 17 de octubre” (*ED*, número 40, página 2).

“El 17 de octubre de 1945 fue el signo de que nuestro país había cambiado. Ese día se fundó el peronismo. El momento en que Perón y los trabajadores se encontraron juntos. Cuando se mostró que encarcelar a Perón era encarcelar al pueblo. Como se demostró dolorosamente a partir del '55 que exiliar a Perón fue exiliar a los trabajadores” (*ED*, número 23, página 3).

Volvamos, ahora, a nuestro interrogante. La díada Perón/pueblo, por tanto, aparece bajo la forma de una relación directa, inmediata e indivisible entre ambos polos. En la lectura que las revistas realizan acerca de la experiencia peronista, entonces, el peronismo estaría marcado constitutivamente –o, *esencialmente*, como señala el fragmento citado- por ese tipo de vínculo. Se apostaba así a un fuerte

¹⁷ Muchas de las lecturas que, una vez derrocado Perón, se realizarían de la experiencia peronista habían tenido que ver, justamente, con asignar a la relación Perón-masas el carácter de díada no escindible. Como hemos visto anteriormente, la revalorización de la experiencia peronista se producía a la par de la culpabilización por el intento precedente, por parte de muchos sectores de la izquierda, de representar a los trabajadores sin Perón. Luego del '55, la imbricación entre ambos funcionaría, entonces, como supuesto en la conformación de numerosos grupos. En este sentido, resulta ilustrativo el siguiente argumento del padre Carlos Mugica: “Yo fui antiperonista hasta los 26 años y mi proceso de acercamiento al peronismo coincidió con mi cristianización [...] Debía mirar la historia humana desde los pobres [Y en la Argentina] la mayoría de los pobres son peronistas, para decirlo simplemente” (citado en Altamirano: 2001: 126).

desplazamiento respecto de la significación que había construido el propio Perón durante su gobierno, basada en el carácter organizado de las clases populares, es decir, en una mediación entre éstas y aquél.¹⁸ En lugar de reproducir dicha imagen, la lectura expuesta se acercaba, antes bien, a la narración que, como hemos visto, a partir del golpe del '55 habían sostenido –aunque con opuesta carga valorativa- tanto el gobierno de la Revolución Libertadora como algunos exponentes del campo intelectual, recuperando, en ese ejercicio, postulados característicos del revisionismo histórico. En efecto, como hemos señalado anteriormente, era esta corriente historiográfica la que consagraba la imagen de las masas bárbaras que, de la mano de su caudillo, habían aparecido para mostrar la auténtica y verdadera Nación. Y era este modo de representar la dualidad Perón-pueblo al que suscribían las revistas más que al sentido que el propio Perón había instituido a ésta.

No obstante, se desliza en los fragmentos citados una cuestión más, relativa a los modos mediante los cuales se significa la aparición de un tercero en dicha dualidad: por un lado, se describe un *otro* que media ambos polos de la relación pero sin ser significado como una amenaza para ella, esto es, la figura que asumía Eva Duarte durante el gobierno peronista; por otro lado, se enuncia un *otro* que pervierte y corrompe la naturaleza del vínculo Perón/pueblo, y cuya encarnación se ubicaba los sindicatos, nominados, generalmente, con el mote “burocracia sindical”. Mientras que el primero contribuye a profundizar el vínculo entre Perón y el pueblo, “garantizarlo”; el segundo, por el contrario, constituye la negación de éste. Y dicha negación no resultaba menor dado que, en la voz de las revistas, recordemos, el carácter inmediato de la diada hacía a la naturaleza intrínseca del fenómeno peronista. Volveremos más adelante sobre esta cuestión.

Ahora bien, respecto de esta dualidad, quisiéramos sumar a nuestro argumento una serie de puntos no mencionados hasta aquí. En primer lugar, en referencia a los dos polos que constituyen la especificidad del peronismo, preguntamos, ¿el sentido de cada uno de ellos es siempre el mismo? Es decir, ¿son dos polos que permanecen invariantes a lo largo de todo el discurso que articulan las revistas? En segundo lugar, ¿qué relación

¹⁸ Entre muchísimos ejemplos más, “[l]a vida civilizada en general, y la económica en particular, del mismo modo que la propia vida humana, se extinguen cuando la falla la organización de las células que la componen. Por ello, siempre he creído que se debe impulsar el espíritu de asociación profesional y estimular la formación de cuantas entidades profesionales conscientes de sus deberes y anhelantes de sus justas reivindicaciones se organicen, de tal manera que se erijan en colaboradores de toda acción encaminada a extender la justicia y prestigiar los símbolos de la nacionalidad, levantándolos por encima de las pugnas ideológicas o políticas” (Perón, discurso transmitido por la Red Argentina de Radiodifusión, 2/12/1943, citado en Altamirano: 2001: 112).

puede establecerse entre la significación brindada a la diada Peron/pueblo y el espacio de pertenencia que se sostiene en las páginas de las revistas? En otras palabras, ¿la forma con la cual se inscribe el vínculo entre Perón y el pueblo tendrá algo que decirnos acerca de la configuración y homogeneización del espacio identitario montonero? Y, más específicamente, retomando el segundo elemento que habíamos señalado junto con Sigal y Verón ¿cómo aparece definido su origen?¹⁹ Vayamos por partes.

Apuntan las revistas:

“[En relación al triunfo de Cámpora] Una jornada inolvidable, otra vez el pueblo en la Plaza (...) será la vieja alegría, aquella del 17 histórico y las patas en la fuente. Una explosión de júbilo directo que nadie reprimió en 10 años de revolución peronista” (ED, número 2, página 2).

“Los bombardeos de junio de '55 nos despertaron aunque no lo suficiente para frenar a los gorilas, porque dos meses después nos echaban a tiros del gobierno (...) Durante 10 años ejercimos felices el gobierno y de pronto quedábamos en la calle. Clandestinos, perseguidos, proscritos, ni el sindicato ni el partido nos sirvieron para defender al gobierno. En frente de la CGT se veían sólo las persianas bajas” (ED, número 2, suplemento).

“Podemos nombrar dos momentos de los muchos que configuran la experiencia del pueblo peronista. Uno, pasado, la resistencia; otro, más cercano y reciente, la campaña por el retorno del general Perón” (LCP, número 5, página 26).

“Volveré y seré millones. Esa frase lanzada a la historia por nuestra abanderada fue recogida al otro día mismo de la caída del gobierno peronista en 1955 por el pueblo que comenzó ahí una larga marcha, plagada de miles de pequeños combates, para recuperar el poder perdido” (ED, número 14, página 32).

“Los peronistas comenzamos esa lucha que duró 18 años para recuperar el gobierno. Una sola consigna fue levantada por los trabajadores y resumía todas nuestras expectativas, nuestros sueños y esperanzas: el Perón vuelve fue nuestra bandera () Iniciamos entonces la Resistencia Peronista, fue una lucha sin parangones que tuvo dos pilares: el pueblo y su líder” (LCP, número 7, página 4).

Se despliegan aquí un conjunto de desplazamientos que nos interesa atender. Por una parte, el pueblo es un pueblo feliz, que ha experimentado, unido a su líder, una etapa que aparece nominada como *revolución peronista*. De otra parte, el pueblo es, también, combatiente, resistente, atravesado por una numerosa cantidad de luchas que lo

¹⁹ Amén de que la aparición de Montoneros en la prensa gráfica y audiovisual de Argentina date de fines de mayo de 1970 a partir de las repercusiones del “ajusticiamiento” de Aramburu, en las revistas consultadas, salvo escasos números, no se significa dicho momento como *origen* de la identidad montonera sino que éste tiende a ubicarse precedentemente. Entendemos, cabe la aclaración, el origen como la fundación de un espacio comunitario (Arendt: 1998), y, por tanto, como un quiebre, una ruptura respecto de un estado de cosas previo. En este sentido, las menciones explícitas del secuestro y asesinato de Aramburu no adoptan en las revistas el valor de una ruptura, y es por ello que quisiéramos buscar qué hay más allá de éstas. La identificación de dicha instancia fundacional será, entonces, la tarea a la cual se verán abocadas las próximas reflexiones del presente trabajo.

han marcado de manera constitutiva.²⁰ El recorrido entre ambas significaciones del pueblo, a su vez, le reserva un lugar disímil a Perón. Mientras que el pueblo feliz es el que se encuentra imbricado a su líder; el pueblo resistente se presenta, por razones de fuerza mayor, escindido de aquél. Es más, es esta separación la que da sentido a sus diversas luchas, la que despierta, de algún modo, su carácter combativo, la que anuda, en definitiva, la violencia a la política. Y respecto de la delimitación histórica de ambas experiencias, si la primera se ubica en los diez años de gobierno peronista (45-55); la segunda, en cambio, se traslada al período que va desde el '55 hasta principios de los setenta.²¹ El relato articulado en las revistas, oscila, de este modo, entre ambas instancias y significaciones acerca del vínculo Perón/pueblo: ora marcando un ruptura en el año '45, ora marcando un quiebre en el año '55.

¿Qué puede decirse, entonces, acerca de la pregunta sobre el origen del espacio identitario que se homogeneiza en las revistas? ¿Es dable pensar al mismo como una instancia fija que aparece siempre idéntica a sí misma?²² Lejos de ello, la narración conformada en las revistas realiza un movimiento pendular entre dos momentos fundacionales, entre dos orígenes que instauran significaciones bien disímiles respecto de la experiencia peronista: de una parte, la *revolución peronista* es el paraíso sostenido por el encuentro entre Perón y el pueblo; de otra parte, la *revolución peronista* es la lucha que se despliega a partir de la frustración de ese paraíso, por la recuperación de éste, por el retorno, en suma, de Perón a su lugar en la diáda. Veamos este deslizamiento del significante *revolución* que acompaña el péndulo descrito:

²⁰ Aunque no podemos traerlas a nuestro trabajo por cuestiones de espacio, se citan, recurrentemente, entre estas "luchas": las huelgas y sabotajes realizados por parte de los trabajadores durante los primeros años de la Revolución Libertadora; el levantamiento comandado por el General Juan José Valle en 1956; la huelga realizada en el frigorífico Lisandro de la Torre en 1959; el llamado Cordobazo en 1969; distintos hechos armados protagonizados por los diversos exponentes de la guerrilla; el intento de fuga del penal de Trelew en 1972; las movilizaciones hacia Ezeiza a la espera de la llegada de Perón del exilio en junio de 1972. En las revistas, todos estos acontecimientos se articulan en una línea de continuidad cuyo sentido es, en resumidas cuentas, ejemplificar la naturaleza combativa del pueblo.

²¹ Es interesante advertir cómo esta periodización recupera, de algún modo, la tesis decadentista que resulta constitutiva al revisionismo histórico (Halperin Donghi: 1996). La imagen de un paraíso que se ubica en un pasado temporal y que contrasta con un presente de degradación no se aparta demasiado de la narración que se articula en *El Descamisado* y *La Causa Peronista*. En todo caso, podríamos introducir una diferencia: las revistas mencionadas no sólo ubican dicho paraíso en un pasado lejano sino que, al mismo tiempo, lo proyectan hacia un futuro posible.

²² Puesto que creemos, como ya hemos afirmado, que el origen es el establecimiento de una ruptura, y que la definición de ésta resulta fundamental para la constitución de los campos identitarios, nos apartamos de la respuesta que Sigal y Verón habían brindado al interrogante que ahora nos ocupa. Pensar la anulación del origen nos llevaría a una imposibilidad analítica y fáctica: la ausencia de límites que configuren un espacio de pertenencia, y por tanto, la ausencia del propio espacio.

“...una expresión de júbilo directo que nadie reprimió en los 10 años de revolución peronista” (*ED*, número 2, página 2).

“Es que la movilización destinada a garantizar la unión entre la masa y el Líder es un hecho revolucionario en sí. Hecho temido por los sectores conciliadores y reformistas del Movimiento” (*ED*, número 8, página 12).

El corrimiento del significado de la revolución, por tanto, marca el propio movimiento de una narratividad que se construye, como hemos analizado, entre dos formas diferentes de leer la experiencia peronista, y, a través de dicho ejercicio, dos modos distintos de significar el origen de Montoneros. El primer polo, marcado por la unión feliz entre las clases populares y su líder, se remontaba a un pasado lejano. El segundo polo, instituido por la fractura de dicha unión, se ubicaba, por el contrario, en un pasado inmediato, que se confundía, no obstante, con el presente.²³ El espacio identitario que se articulaba en las revistas se definía, así, sobre la base de las dos heredades: una resaltaba la unión de la comunidad, la otra marcaba la partición de ésta. Sin embargo, ya sea por la concreción o frustración del encuentro directo entre Perón y el pueblo, aquello que sostenía el discurso articulado en las revistas era, justamente, pensar la necesidad de dicha relación, el carácter constitutivo que ella tenía para el peronismo. En efecto, si ésta no se producía, era menester luchar teniendo como horizonte su recuperación. Por ello, de aquí se derivaba una operación de exclusión por fuera de los límites del espacio identitario montonero:

“Tenemos ahora los peores enemigos dentro del movimiento (...) durante 18 años estos sectores han especulado con la distancia entre Perón y el pueblo” (*ED*, número 6, página 6).

“Entre Perón y los trabajadores estaba la burocracia frenando la conducción del líder” (*ED*, número 5, página 11).

“El acceso a la presidencia de nuestro conductor el General Perón es un hecho por el cual el Movimiento Peronista viene luchando hace 18 años. Todo este proceso fue constantemente perturbado y saboteado por los agentes del imperialismo infiltrados en el Movimiento” (*ED*, número 9, página 16).

De modo que, adscribir a la separación de la dualidad (en otras palabras, salir de la trampa advertida por Sigal y Verón) hubiera significado colocarse por fuera de las

²³ No es objeto de las presentes páginas pero aclaremos que la escisión entre Perón y el pueblo no se pensará concluida una vez regrese el líder del exilio. De una u otra forma, se señalará cómo, sistemáticamente, diversos sectores lograrían obstaculizar el contacto *real* entre ambos. En este sentido, cabe pensar si hubiera sido posible, en un discurso que sitúa el origen ya sea en la unión Perón/pueblo, ya sea en la separación entre las dos entidades, anular alguno de dichos polos.

fronteras del espacio de pertenencia, esto es, en el lugar de ese otro que, como hemos visto, se caracterizaba por impedir el vínculo directo entre Perón y el pueblo. En definitiva, hubiera significado proponer otra lectura acerca de la experiencia peronista; (re)inventar, de un modo diferente, dicha tradición; reconstruir, en suma, otro campo identitario que aquel que, como hemos analizado, sostenían las páginas de *El Descamisado* y *La Causa Peronista*.

IV. Palabras finales

Partiendo de una concepción del peronismo como constante reinención, los párrafos precedentes buscaron explorar diversas lecturas acerca de éste, es decir, distintos modos de construir dicho fenómeno. De esta forma, encontramos cómo el '55 había constituido un quiebre en los debates del campo cultural e intelectual. E identificamos cómo este ejercicio de resignificación de una experiencia pretérita había coadyuvado a la definición de límites al interior de dicho campo. Paul Ricoeur advierte en este sentido: “quisiera insistir sobre el error tan corriente según el cual el pasado está detrás de nosotros como algo terminado, cerrado, determinado: olvidamos que siempre está abierto a nuevas interpretaciones, y que, en ese sentido, el pasado, al menos el sentido del pasado está siempre inacabado y en proceso de interpretación” (Ricoeur: 1984: 69). Y agregamos nosotros a la citada reflexión: este proceso de interpretación del pasado se imbrica, como hemos visto en algunos ejemplos, con modos de instituir fronteras políticas, esto es, campos identitarios.

Las revistas *El Descamisado* y *La Causa Peronista* no han sido una excepción al respecto, homogeneizando un espacio de pertenencia a partir de la lectura de la experiencia peronista y, particularmente, del vínculo entre Perón y el pueblo. Pendulando entre dos polos de significación de esta diada, oscilando en la heredad de dos momentos fundacionales, se reinventaba así, una vez más, el fenómeno peronista. Y esta reinención se apropiaba de algunos de los desplazamientos que habían aparecido una vez derrocado Perón. Entre ellos, ciertos tópicos característicos de la historiografía revisionista (la relación directa entre caudillos y masas federales, o bien, la tesis decadentista de una edad de oro perdida). No obstante, más que subrayar dicha repetición de contenidos, quisiéramos señalar para terminar todo nuestro argumento: lo que se reproducía era, en definitiva, una forma por la cual la lectura de la historia suponía un modo de desplegar una lucha presente, de marcar puntos de partición en la

comunidad política. Una forma por la cual política e historia, lejos de asumir una existencia exógena, eran confundidas hasta volver porosos sus límites.

Bibliografía citada

- Altamirano, C. (2001). *Bajo el signo de las masas*, Emecé, Buenos Aires.
- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario.
- Arendt, H. (1998). *Sobre la Revolución*, Alianza Editorial, Madrid.
- Gramsci, A. (2008). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Halperin Dongui, T. (1996). *Ensayos de historiografía*, Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires.
- Lanusse, L. (2005). *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Vergara, Buenos Aires.
- Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza, Madrid.
- Plotkin, M. (1993). *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires.
- Quatrocchi-Woisson, D. (1995). *Los males de la memoria. Historia y política en la*
- Ricoeur, P. (1984). *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*, Editorial Docencia, Buenos Aires.
- Romero, L. A (2003). “La violencia en la historia argentina reciente”, www.unsam.edu.ar.
- Rorty, R. (1996). *Objetividad, relativismo y verdad*, Paidós, Buenos Aires.
- Sarlo, B. (2001). *La batalla de las ideas*, Emecé, Buenos Aires.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Buenos Aires.
- Sigal, S. y E. Verón (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*.
- Svampa, M. (1994). *Civilización o barbarie*, Taurus, Buenos Aires.
- Terán, O. (1991). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*, Puntosur, Buenos Aires.
- Tomo IX “Violencia, proscripción y autoritarismo” de La Nueva Historia de Editorial Sudamericana.

Fuentes documentales

- Revista *El Descamisado*, números 1-46, 1973-1974.
- Revista *La Causa Peronista*, número 1-9, 1974.